



El joven Javier López Menacho debuta con 'Yo, precario'.
EL MUNDO

LIBROS

Javier López Menacho debuta en la narrativa con una poderosa crónica sobre la pauperización del mercado laboral. Una obra cargada de lúcida crítica social y de catarsis de escritor en ciernes.

De trabajador precario a robusto narrador

* MATÍAS NÉSPOLO

El jerezano Javier López Menacho tiene 30 años, varios másteres, una afilada pluma y un currículum laboral que consigna: hombre sándwich, mascota viviente para una marca de chocolatinas, repartidor de folletería para una empresa de telefonía, pseudainspector de máquinas de tabaco o incluso *speaker* animador de la Ro-

ja para una marca de coches, entre otros. Y por no tener, no tiene hipoteca, ni movilidad, ni familiares a cargo. Y, por supuesto, tampoco nómina ni subsidio de desempleo.

Pero lo que sí tiene es un talento narrativo a toda prueba que ahora se revela con *Yo, precario* (Los Libros del Lince), una lúcida crónica en primera persona, no exenta de

humor ácido, sobre la paupérrima situación del mercado laboral. Una obra que tiene tanto de durísima crítica social, como de catarsis del escritor en ciernes. Un escritor que, dada la madurez de su estilo, cuesta mucho concebir como novel, aunque lo sea. «Escribir en silencio y sin ruido de medios es la mejor manera de escribir», dice López Menacho y confirma: «He escrito mucho, libros de relatos de los que me siento orgulloso y algunas novelas que no enseño por sana autocensura». En todo caso, ese logrado testimonio de la precariedad fue antes que nada una suerte de terapéutica o estrategia de supervivencia. «Los medios no han dudado en catalogarlo

como testimonio y denuncia, pero lo cierto es que a mí me ayudaron a sobrevivir en un año muy duro en lo personal. La literatura me salvó, ya lo venía haciendo toda la vida, pero entonces lo hizo con más motivo», confiesa.

Poco a poco esas primeras «chococrónicas» del hombre chocolatinero se convirtieron en libro. «Desde la cuarta o quinta entrega ya sabía que tenía un material muy potente,

así que mi mente se transformó. Quería novelarlo al estilo de Javier Cercas en *Anatomía de un instante*. Con ese libro demostró que se pueden novelar hechos reales. Yo pensé llevármelo al terreno de lo aparentemente intrascendente. No hacía falta un golpe de estado para vivir una tragedia», explica.

Y la tragedia a la que se refiere tiene que ver tanto con la pérdida de la dignidad, como con la precariedad convertida en un estado irreversible, no ya en situación concreta y pasajera. «Hay trabajos precarios muy mal considerados socialmente. Y trabajadores precarios honestos, eficientes y que activan la sociedad. Así que no está mal reivindicarlo y no está mal alzar la voz. Lo que intento evitar es que se personifique en mí, pero es imposible discernir, tengo que aprender a asumir el coste», dice. Y el tema de fondo es la situación que convierte la precariedad en estado crónico. «Este sistema económico y social no está consiguiendo otro estatus. Se ha inmolado el estado del bienestar. Sólo hay que ver las cifras del paro. Eso nos debería hacer reflexionar a todos, gobernantes y ciudadanos, del tipo de sociedad que estamos construyendo», reflexiona.

Sin embargo, quien crea ver en López Menacho un pesimista congénito se equivoca. Más bien responde al perfil del luchador. «Desde la publicación de las crónicas, mi situación laboral ha mejorado», confiesa. «Creo en mí y en mis capacidades para obtener un buen puesto de empleo y poder comprar mi tiempo para escribir. Me rebelo absolutamente contra la precariedad, como individuo activo de esta sociedad y a nivel ideológico. Hay que luchar por vertebrar otra sociedad más justa. La gente tiene derecho a un empleo digno», reivindica.

Y a la primera persona de esta actualización de periodismo gonzo le quita hierro en aras del protagonista colectivo que hay detrás. «Intenté ser un espectador, un filtro para el lector, que mirara a través mío, pero no con mis pensamientos. El protagonista no debía ser yo, sino que debía extrapolarse a todos los precarios y que fuera algo universal. El libro debía ser un testimonio de lo que está pasando», concluye.

CRÍTICA Molsa

La guerra vista con ojos de perro

David Cirici

Editorial: Edebé

Páginas: 166 | Precio: 8,60 €.

* MAITE RICART

Molsa es un perro que sufre en carne propia las consecuencias de una guerra, y nos las narra en primera persona de una manera creíble, verosímil. Dar voz a los animales es un recurso narrativo muy utilizado en la literatura infantil pero, a menudo, su finalidad es provocar la risa o la empatía. En este caso parece que el autor tiene un real interés en ponerse en la piel del perro y dar a conocer los hechos desde su punto de vista. David Cirici ha realizado un gran trabajo en el ámbito de la expresión del can. Apreciaremos que Molsa maneja un amplio vocabulario en cuestiones de olores o sonidos, pero que se hace un lío con los colores —se dice que los perros ven en blanco y negro—. También expresa sentimientos, de pérdida, de añoranza, de dolor físico, de miedo, de tristeza, de alegría, que son también muy humanos, pero matizados, sin componente dramático.

Molsa sobrevive a un bombardeo; la casa de sus amos ha quedado destruida, pero él regresa una y otra vez al lugar intentando encontrar el rastro, el olor de Janinka y Mirek, los niños que lo cuidaban y mimaban. Todo es en vano. Solo y hambriento, Molsa inicia su aventura de supervivencia, aunque siempre atento a esos olores que lo puedan guiar de nuevo hasta sus dueños. Junto a otros perros sin amo pasará por muchas peripecias y recorrerá los tristes paisajes de la guerra.

Por detalles, el lector adulto sabrá que Molsa vive la Segunda Guerra Mundial en algún país del Este de Europa. Sin embargo, el lector de 10 años es difícil que contextualice el conflicto o que adivine que Molsa tendrá que hacer de guardián en un campo de concentración en el que los judíos son exterminados. Pero los referentes históricos no son importantes, lo que realmente cuenta es lo que Molsa siente y experimenta en cada duro momento de esos meses o años, no sé sabe, porque el perro no tiene sentido del tiempo.

La obra tiene muchas virtudes y por eso se llevó el último Premio Edebé de literatura infantil. Hemos hablado de la caracterización y el modo de expresarse del perro, pero la novela tiene además un excelente ritmo narrativo que no decae, y está también ese final rocambolesco pero creíble, lleno de emociones. La ternura y el humor impregnan sutilmente todo el relato, pero donde el autor se permite bromas es en los títulos rimados de los capítulos.